

Cuando leemos tu mensaje trasladamos tus palabras a nuestro corazón, tu mensaje claro y rotundo, sin ambigüedades, nos zarandea las emociones, experimentado un profundo movimiento anímico de solidaridad. Esto es lo que normalmente sucede a los que decimos creer en tu Palabra.

Pero, ¿cuanto nos dura ese sentimiento?; ¿Cuántas veces hemos salido de celebrar la Palabra, completamente convencidos de que debemos seguirte, profundamente arrepentidos de nuestros vaivenes, de nuestras traiciones, de nuestros olvidos y... media hora más tarde la vorágine de nuestro entorno, del día a día, nos produce una profunda amnesia de nuestras buenas intenciones, de nuestros sinceros compromisos?

Pero, no tenemos excusa, para el cristiano que se compromete a escuchar y seguir tu mensaje no hay escapatoria posible, ya que el Espíritu está permanentemente con nosotros haciendo presente tus palabras, actualizándolas en nuestro microcosmos: la familia, el trabajo, el necesitado, el que sufre por enfermedad o por el egoísmo social que nos ha tocado vivir.

Hoy, más que nunca, necesitamos del Espíritu, no sólo para actualizar, contemporizar tus palabras, reinterpretarlas en nuestro entorno y situación, sino también para que nos de el vigor necesario para permanecer siempre en el camino que nos propones.

*“ Señor, que tu amor, que tu Palabra ocupe para siempre mis pensamientos y mis emociones, que el Espíritu Santo me ilumine y me de la fuerza necesaria para ser un fiel seguidor tuyo. Conozco mis debilidades, tu también las conoces. Por ello, Señor, nadie mejor a quién acogerme para seguirte con la ayuda perenne del Espíritu”*

Joaquín, LT